

Deporte y Trascendencia: el hombre, en busca de un sentido último

Sport and Transcendence: Man's Search for Ultimate Meaning

Juan Jesús Álvarez Álvarez

Departamento de Formación Humanística. Universidad Francisco de Vitoria. Pozuelo de Alarcón (Madrid). España.

CORRESPONDENCIA:

Juan Jesús Álvarez Álvarez

j.alvarez.prof@ufv.es

CÓMO CITAR EL ARTÍCULO:

Álvarez, J. J. (2020). Deporte y Trascendencia: el hombre en busca de un sentido último. *Cultura, Ciencia y Deporte*, 15(45), 321-329.

Recepción: junio 2019 • Aceptación: junio 2020

Resumen

Aunque su práctica exija de esfuerzo y lucha, el deporte es una actividad esencialmente lúdica mediante la que el hombre puede cultivar sus capacidades naturales, corporales y espirituales. Rectamente ejercido o contemplado, además es capaz de alumbrar valores y virtudes de muy diversos tipos. Entre ellos, el presente estudio quiere hacer hincapié en los valores espirituales o religiosos que especialmente algunos textos del Magisterio de la Iglesia han querido resaltar. Dichos valores se ponen aquí en relación con la búsqueda humana de un sentido último para su vida y con el natural deseo de una felicidad que solo parece poder alcanzarse en un orden trascendente. Respecto de esta felicidad plena, el deporte sería una especie de anuncio, anticipo o sustitutivo.

Palabras clave: Deporte, felicidad, religión cristiana, sentido último, trascendencia.

Abstract

Although its practice requires sacrifice and struggle, sport is essentially a ludic activity by which human beings can cultivate their natural capacities, both corporal and spiritual. Moreover, rightly exercised or contemplated, sport is a great instrument to generate values and virtues of several types. Among them, the present study seeks to emphasize the spiritual or religious values that some documents of the Magisterium of the Catholic Church especially want to highlight. Such values, we seek to connect here with the human search for an ultimate meaning of life and the natural desire for happiness that can only be achieved, it seems, in a transcendent order. Regarding this full happiness, sport would be a kind of sign, foretaste or substitute.

Key words: Sport, Happiness, Christian Religion, Ultimate Meaning, Transcendence

Introducción

El deporte es un asunto de enorme actualidad y relevancia social. Por eso, no es de extrañar que sea objeto de estudio desde los más diversos puntos de vista. Por lo que a nosotros respecta, lo que pretendemos en este trabajo es reflexionar acerca de él desde una perspectiva quizá no muy usual, la filosófico-teológica, para tratar de su valor objetivo, de sus posibilidades formativas, pero sobre todo de su virtualidad trascendente, en la medida en que representa para el ser humano una especie de reflejo y anticipo de su aspiración a la eternidad, como respuesta a la pregunta por el sentido último de su ser y de su vida.

El valor que el ser humano otorga al deporte, y el atractivo que en él suscita, tiene que ver, en primer lugar, con el hecho de que es un medio de recreación, de distracción y evasión ante las dificultades y las complejidades de la existencia, que nos ayuda a escapar de la rutina y a ocupar nuestros momentos de ocio y descanso laboral.

Además, como veremos, el deporte tiene evidentes paralelismos con la vida humana que muchos no han dejado de percibir. Y en esta ligazón entre deporte y vida se halla, precisamente, parte del fundamento pedagógico de la práctica deportiva.

Por último, y este es el aspecto en el que quisiéramos concentrarnos finalmente en este trabajo, “si el deporte resulta al ser humano tan atractivo es, sobre todo, por la dimensión trascendente a la que nos orienta y en la que nos sitúa: nos impulsa en la búsqueda de objetivos cada vez más altos que contribuyen al desarrollo de nuestras potencialidades, nos pone en una tensión activa que responde a nuestra necesidad de aventura y heroísmo; en definitiva, porque a su modo busca satisfacer aspiraciones humanas que superan los estrechos límites del aquí y del ahora, aspiraciones que nos pertenecen e incluso forman parte de lo más profundo y lo mejor de nosotros mismos pero que, al mismo tiempo y de forma un tanto paradójica, nos superan y trascienden” (Ramírez Perdiguero, Hernández Ontalba, Álvarez-Álvarez, & Vega Rosell, 2004, 11). En este ámbito, el deporte viene a ser, para el ser humano, algo así como una especie de anuncio y/o sustitutivo de una más profunda necesidad vital, de profundos paralelismos con lo religioso.

En el programa de este trabajo, antes de entrar en dicha cuestión, nos ha parecido necesario contextualizar el objeto de nuestra reflexión acometiendo, en primer lugar, una posible definición de lo que entendemos por deporte. En nuestra opinión, los factores que integran una caracterización aproximada de lo que llamamos “deporte” son, sobre todo, su carácter lúdico, el cultivo

—mediante su ejercicio— de ciertas potencias humanas y su espíritu “agonal”. En nuestros días, se han adherido a estos elementos otros que no tienen un carácter esencial, pero que no pueden dejarse de mencionar: el deporte de hoy no solo es juego, sino profesión y “espectáculo” de masas con ramificaciones políticas, sociales y económicas. Son estos elementos accidentales y sobrevenidos, que tienen más que ver con el estatus que hoy ha adquirido el deporte que con su naturaleza y que, además, no siempre acarrearán repercusiones positivas.

Una vez definido el deporte, nos ocuparemos —aunque muy brevemente, pues es una temática muy conocida— de su carácter formativo y de los valores o virtudes que, con su práctica, podría llegar a adquirir el ser humano. Entre ellos, los hay que podemos caracterizar como espirituales o, incluso, religiosos. No en balde, tanto en su origen como en su evolución —también esta ha sido una cuestión muy estudiada— deporte y religión han caminado de la mano en la historia del hombre, en cuanto que ambos son expresiones culturales de nuestra naturaleza y de su capacidad simbólica.

Concretamente en el ámbito del cristianismo, y a pesar de que muchos han creído ver una historia de conflicto entre deporte y fe, ese paralelismo está muy presente desde sus orígenes y alcanza su cenit en el Magisterio de la Iglesia católica de los últimos cien años. Nosotros vamos a focalizar nuestro análisis, finalmente, en uno de esos valores, que nos parece especialmente significativo e importante para el hombre de hoy: que el deporte, a su manera y con los límites que le son propios, puede revelar la búsqueda humana de un sentido último de la vida e, incluso, apuntar el horizonte al que aquella habría de dirigirse. Sigamos, pues, este esquema.

¿Qué es el deporte?

Tratándose de una realidad muy compleja y de tipología variada, no resulta fácil definir qué es el deporte. En un sentido muy amplio, pero también, por ello, muy elemental, diríamos que “lo que llamamos deporte se constituye como juego (tiene un carácter lúdico y recreativo, pero también regulado), ejercicio (en el plano físico y/o en el intelectual) y competición (frente a uno mismo o a otros)” (Ramírez Perdiguero et al., 2004, 12).

a) El aspecto más importante es, sin duda, el primero. Autores como Martin Heidegger, Johan Huizinga, Hans-Georg Gadamer o —en España, Alfonso López Quintás—, entre otros muchos, tienen el mérito de haber recuperado para la filosofía el concepto de “juego”

y de haber abordado la complejidad de la actividad lúdica desde todas sus vertientes (Gadamer, 1992; Heidegger, 1995; Huizinga, 2002; López Quintás, 1977)¹.

Huizinga, en concreto, ha demostrado que el juego es una actividad humana esencial, una de las primeras expresiones culturales de nuestra natural condición, que no puede reducirse a un fenómeno fisiológico o a reacciones psíquicas condicionadas a estímulos de naturaleza biológica o física: “El juego [...] da un sentido a la ocupación vital. Todo juego significa algo [...] Piénsese lo que se quiera, el caso es que por el hecho de albergar el juego un sentido, se revela en él, en su esencia, la presencia de un elemento inmaterial” (Huizinga, 2002, 12). De ahí que, aunque también los animales, a su manera, jueguen, y muchos de los rasgos del juego humano estén también en el “juego” animal, hay otros –los más importantes– que son específicos de nuestro ser.

La diferencia es obvia: el animal “juega” (no hay más que observar el comportamiento co-participativo de dos cachorros en circunstancias determinadas), pero el hombre, además y sobre todo, sabe que juega y decide o no jugar, y esa conciencia y libertad no solo le descubren en sí y ante sí un espacio y un tiempo interiores desde los que puede abrirse al mundo, sino que le dan una distancia de perspectiva frente a este (en definitiva, frente al juego mismo) por la que el jugador puede mostrarse libre y creativo, puede “crear juego” dentro de unas reglas y un marco muy definido y, al menos en apariencia, a veces hasta rígido, pero del que es capaz de servirse y sobre el que tiene la posibilidad de trascender. Para el que juega, y juega bien, respetando el juego y todo lo que él conlleva; o para el que contempla el juego también con lo que podríamos llamar una “mentalidad deportiva”, el juego no es solo (con ser ya esto valioso) “diversión”, “pasatiempo” o “esparcimiento”, es decir, escape de la monotonía de la vida cotidiana, una forma de ocupar el tiempo y el espacio “sobrantes”, sino también, y con todo lo que este término significa, “re-creación”, actividad en la que hasta el espectador interviene de algún modo co-creadoramente y por la que, participando así de la belleza del juego de un modo distinto al del jugador, pero igualmente real, participa asimismo de la alegría festiva y del entusiasmo que el juego es capaz de alumbrar.

Huizinga ha definido el juego como “una acción libre ejecutada *como si fuera real* y sentida como situada fue-

ra de la vida corriente, pero que, a pesar de todo, puede absorber por completo al jugador, sin que haya en ella ningún interés material ni se obtenga en ella provecho alguno, que se ejecuta dentro de un determinado tiempo y un determinado espacio, que se desarrolla en un orden sometido a reglas y que da origen a asociaciones que propenden a rodearse de misterio o a disfrazarse para destacarse del mundo habitual” (Huizinga, 2002, 27). Esta definición, rica y compleja, merecería ser objeto de un análisis detallado que no podemos hacer aquí. En todo caso, nos viene como anillo al dedo en la cuestión que nos ocupa.

En efecto, el deporte es, esencialmente, juego: es una actividad libre (se “da” y se “recibe”, se “crea” y se “abre” o se “cierra” juego; incluso el que simplemente contempla y anima, “participa” en el juego –en el fútbol se habla, por ejemplo, del “jugador número 12” para mencionar a la afición–); es una actividad que se realiza o contempla “como si” fuera algo muy serio (de hecho, como veremos, lo es en cierto modo y medida, en el sentido de importante y valioso); una actividad que –cuando se lleva a cabo– nos absorbe por entero aunque no forme parte de lo más propio y central de la vida humana en el plano cotidiano; una actividad desinteresada, cuyo fin último se encuentra en su propia realización y lo que ella intrínsecamente conlleva; una actividad reglada, sujeta a ciertas normas para su buen desempeño y enmarcada en un espacio (un “campo o ámbito de juego”) y un “tiempo de juego” determinados, que han de ser respetados y que el espectador debe conocer si quiere “participar” del juego; una actividad, en fin, que tiende al fomento de asociaciones (los clubes, las selecciones regionales o nacionales...) con un cierto halo simbólico y misterioso que las aparta en alguna medida del “resto” del mundo, al menos del mundo habitual.

Con esta breve caracterización se puede dar por delimitada lo que denominaremos la “naturaleza” del deporte como juego o el “deporte como juego en estado puro”. La realidad, sin embargo, es que no existen tales naturalezas en estado de pura abstracción: toda naturaleza se halla concretada y vinculada a un determinado estado de cosas, a una situación o circunstancia, a un determinado contexto o momento de la cultura en la que se inserta, modelándola y, a la vez, recibiendo su influjo. Por eso, es perfectamente posible que, aunque el deporte contenga –como veremos– un enorme potencial de valor formativo, si no se practica como es debido, es decir, con respeto a las normas que lo rigen y a la dignidad de los que lo practican o contemplan, su esencial elemento lúdico pueda verse enmarañado y hasta agostado por situaciones que acaben provocando efectos perniciosos.

1 Sobre el concepto de “juego”, el “jugar” y su relación con el “deporte”, puede consultarse el número monográfico que a dichas temáticas dedicó la revista *Cultura, Ciencia y Deporte*, Vol. 13, Nº 38 (2018), 91-202. Por su relación con el punto que ahora tratamos, me permito resaltar en especial los trabajos de Shawn E. Klein: *The Value of Play and the Good Human Life*, 119-125, y de Gonzalo Ramírez-Macías: *Hermenéutica heideggeriana aplicada al deporte: Mitsein y aletheia*, 161-173.

Cuando eso sucede, y muchos estaríamos de acuerdo en afirmar que el riesgo es hoy evidente, la solución no puede estar solo en medidas de orden técnico, estructural u organizativo, sino que se requiere de algo mucho más profundo: como actividad libre que es, el deporte, o quizás sería más apropiado decir el “deportista”, se encuentra inserto, de lleno, en el ámbito de la moralidad, y solo si respeta –por amor al deporte y todo lo que de bueno hay en él, no solo por miedo al castigo o por razones de conveniencia y utilidad– los principios que, además de los propios del juego, gobiernan el ámbito de la moralidad, podrá aproximarse, en la medida que las limitaciones inherentes al hombre lo permitan, al ideal que antes hemos delineado, y recibir como “pago” no buscado, pero con respecto al cual no podemos mostrarnos indiferentes, el “éxtasis” que el deporte como actividad lúdica proporciona.

b) El deporte es también “ejercicio”. Aunque este factor ya estaba implícito en el anterior cuando hablábamos de “actividad”, conviene que precisemos algo más este punto pues, a menudo, se tiende a interpretar el ejercicio inherente al deporte como algo necesaria y exclusivamente “físico” (se habla incluso de “cultura física”), cuando no tiene por qué ser así.

Hay aquí un equívoco que tiene cierta justificación y sentido, pues, por una parte, es obvio que la mayor parte de los deportes cultivan prioritariamente, aunque nunca en exclusiva, capacidades físicas; y, por otra, el desarrollo del deporte moderno ha corrido parejo con la recuperación de la conciencia de la dignidad corporal (no siempre, en cambio, con el respeto efectivo que de acuerdo con esa dignidad el cuerpo merece). “No hay duda –afirmó a este respecto Ortega y Gasset– que una de las grandes cosas nuevas es haber el hombre aceptado la existencia de su cuerpo [...]. Yo creo que esta reivindicación del cuerpo es una de las normas mejores de *nuestro tiempo*. De ella han venido los llamados *deportes*” (1983, 729-730). Es cierto. Pero también podríamos decir, inversamente, que a esa “recuperación” del cuerpo ha contribuido, y en no escasa medida, la práctica deportiva.

La imprecisión de la que hablamos al precisar qué se entiende por ejercicio en el ámbito deportivo, sin embargo, no es algo que cueste gran cosa, y sí es muy útil, matizar. Creemos que lo adecuado es decir que el deporte supone siempre la puesta en práctica (el ejercicio o activación) de capacidades “naturales” que uno estimula y desarrolla. Esas capacidades o talentos suelen ser de orden predominantemente (nunca exclusivamente) físico, pero no siempre; sucede incluso, en otros casos, que son de carácter más intelectual que corpóreo.

c) Aún nos queda por analizar, aunque sea de forma muy breve, el tercer elemento con el que definíamos el deporte: su espíritu “agonal”. ¿Qué se quiere indicar con esta expresión? Poco más o menos, la idea de que en el hombre hay una tendencia específica, espontánea y natural, de superación y de lucha, de pugna esforzada contra los impedimentos que se interponen u obstaculizan (en) el cumplimiento de nuestros deseos y la satisfacción de nuestras expectativas y esperanzas. En este sentido, a menudo se ha dicho que es este espíritu de lucha el que ha servido de motor de la historia y de la evolución humanas.

En efecto, el deporte participa de este carácter “agonal” y resulta ser un canal adecuado para que las tendencias humanas se vean encauzadas y desarrolladas armónicamente. A veces se habla de “deportes de competición” como si hubiera otros que no lo fueran, pero en realidad todo deporte encierra algo de competición, lucha y superación, frente a sí o frente a los otros. El lema clásico de los Juegos Olímpicos: “*altius, citius, fortius*” (“más alto, más rápido, más fuerte”) apunta precisamente en este sentido.

Aunque este tercer factor no sea el más importante, cabe que, si no se enfoca como es debido, pueda corromper la esencia del deporte, concebido primariamente como actividad lúdica. Es lo que ocurre cuando el “espíritu de competición” se ve suplantado por un “espíritu competitivo” desahogado. Por desgracia, en una cultura como la actual, en la que se enaltece exageradamente la “competitividad”, frecuentemente así sucede: el juego deja de ser desinteresado (deja de ser un cierto fin en sí mismo) para convertirse en un puro medio: lo decisivo es ganar, a cualquier precio y de cualquier modo. Lo que ha de intentarse es alcanzar un cierto equilibrio entre el respeto al espíritu del juego y el deseo de victoria, que es difícil pero no imposible: “El sentido, la razón de ser primaria, la gloria y el máximo gozo del juego –ha dicho López Quintás– radica en él mismo, como creación lúdica cargada de sentido interno. De ahí el grave peligro que se cierne sobre el ser mismo del juego cuando, al insertarse este en la trama social de las competiciones, el mero afán de vencer cobra primacía sobre la voluntad de *crear juego*, y la acción lúdica se degrada, reduciéndose a medio para un fin ajeno. Toda la energía espiritual que libera una organización competitiva [...] debe tender a mostrar dónde se hallan en toda su pureza la más alta calidad de juego y la más noble deportividad. La grandeza específica del deportista radica precisamente en el raro equilibrio y temple de ánimo que exige el esforzarse hasta el agotamiento por vencer y no considerar como meta absoluta el triunfo, sino el ejercicio mismo del juego” (1977, 63).

Los valores humanos del deporte y la religión cristiana

Así caracterizado, es obvio que el deporte contiene importantes posibilidades de carácter formativo: puede servir de escuela para la vida, como medio para alcanzar altos ideales humanos y espirituales, y generar valores que –asumidos por el sujeto y plasmados en una conducta reiterada– fructificarán en virtudes: “valores personales y valores sociales, valores físicos y valores espirituales, valores que tienen que ver con el cultivo de la inteligencia, de las tendencias y de los afectos. En cada uno de esos planos, o en su intersección, encontramos aspectos que muchas veces se solapan y en los que el deporte puede resultar fructífero” (Ramírez Perdiguero *et al.*, 2004, 17).

De todos esos valores, los que ahora nos interesan son los espirituales y, más en particular, los religiosos. Puede parecer extraño hablar de valores religiosos del deporte, especialmente hoy, cuando las instituciones y organismos deportivos se empeñan en promover –incluso con advertencias de duras sanciones si se incumplen sus directrices– la separación entre deporte y religión. Pero se trata esta de una tendencia que no solo contraría la libertad religiosa de los individuos, sino que responde a no pequeñas dosis de ignorancia.

Para empezar, que el origen del deporte como actividad humana se ha de enmarcar históricamente en el ámbito de la religión es algo sobradamente conocido y estudiado. También lo es que la relación histórica entre deporte y religión tiene como fundamento nuestra propia y peculiar condición. El hombre, ciertamente, no solo es un “animal natural” (poseedor de una determinada naturaleza, que nos caracteriza específicamente y nos distingue del resto de las especies animales). Es, también, un “animal cultural”. Naturaleza y cultura no son, en el ser humano, incompatibles; al contrario, sucede que el hombre no puede definirse propiamente sin tomar en consideración ambos aspectos de su ser, y no de forma yuxtapuesta, accidental o sobrevenida, sino en unidad sustancial y perfectamente integrada. Si se nos permite expresarnos de este modo, diríamos que somos seres de cultura, por naturaleza². Y, en el ser humano, el rasgo natural en el que radican tanto

la religión como el deporte, y que por tanto permite poner en relación las expresiones culturales (también podríamos decir “culturales”) de ambos, es nuestra capacidad para elaborar símbolos.

Como ha dicho Leslie White: “toda cultura (civilización) depende del símbolo. Fue el ejercicio de la facultad de usar [y crear] símbolos lo que puso en existencia a la cultura, y el uso de los símbolos es lo que hace posible la perpetuación de la cultura. Sin el símbolo no habría cultura, y el hombre sería sencillamente un animal, no un ser humano” (1982, 50). A diferencia del resto de los animales, el hombre es un animal simbólico: mediante el uso de símbolos –por un lado– acuerda dotar de un significado definido a ciertas cosas y –por otro– también es capaz de expresar y entender aspectos de su ser y de sus vivencias que, de otro modo, quedarían sin explicitar.

Pues bien, en este ámbito específicamente humano de lo simbólico se enmarcan, como hemos apuntado, tanto las actividades deportivas como las vivencias y prácticas religiosas. Ambas son esferas de orden cultural y en ambas los rituales tienen una importancia decisiva. De forma particular, el lenguaje del mito –símbolo este con el que la religión pretende conectar con lo Sagrado–, es una de las máximas expresiones de la capacidad de simbolización humana. En este sentido, los ritos religiosos y la liturgia en general (como conjunto de prácticas que en una religión regulan el culto y sus ceremonias) se pueden caracterizar como intentos de conectar con lo divino a través de un cauce conductual de naturaleza simbólica y estética. Pero también el deporte forma parte de ese mundo simbólico generado y empleado por el ser humano, y que tan importante es para él: análogamente a lo que sucede con la religión, “el significado del deporte puede determinarse igualmente bajo la óptica de sus relaciones con el ritual [...]. La evolución del comportamiento deportivo arranca de los factores rituales (religiosos) y [lo que hoy llamamos deporte] es una especialización ritual relativamente reciente en la que el aspecto competitivo trasciende el desarrollo propiamente dicho del ceremonial prescrito” (Cachán & Fernández, 1998, 12).

No puede extrañarnos, así, que a menudo se contemple el deporte –especialmente en nuestro tiempo– como una nueva religión “laica”. Para muchas personas, “parece tener una importancia religiosa o casi-religiosa, en el sentido de que se ha transformado en una de las principales, si no en la principal, fuente de identificación, significado y gratificación en sus vidas” (Elías & Dunning, 1992, 247).

Como realidad humana, con la que tiene ciertos paralelismos y que, además, ha adquirido hoy una

2 Puede ser así –no está de más precisarlo–, porque nuestra naturaleza no está mecánicamente conformada: es la naturaleza de un ser espiritual, abierto a la totalidad de lo real por su entendimiento y por su voluntad, y capaz de tomar decisiones libres que acaban conformando su personalidad y actualizando las potencialidades que –individualmente, en la singular concreción de la esencia que nos define como seres humanos– son las propias de cada uno de nosotros. Este es el único sentido posible de la vocación a la que, como hombres concretos, estamos llamados según el adagio clásico: “hombre, llega a ser lo que eres”.

enorme relevancia y trascendencia cuasi-religiosas, es igualmente lógico que las religiones se hayan interesado por el deporte, fundamentalmente por razones de índole pedagógica, moral y, en definitiva, pastoral. Concretamente el cristianismo, a pesar de que la narrativa más común en los manuales y tratados sobre historia del deporte muchas veces siga aún desconociéndolo, o incluso criticando una supuesta actitud negativa de su parte frente al deporte y frente al cuerpo humano en general, no solo ha tomado la práctica deportiva como objeto de reflexión filosófico-teológica, sino que, desde sus orígenes mismos, se sirvió del deporte, y de las virtudes humanas que a él van unidas, como imagen ilustrativa de la vida cristiana.

En este sentido, no podemos dejar de recordar que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento contemplan insistentemente la creación de Dios como algo bueno, rechazando la visión pagana de la materia como raíz del mal. En el Libro del *Génesis* (1; y 2, 1-4) y en varios *Salmos* (por ejemplo: 8, 2-10), se ensalza la belleza y bondad de todo lo creado. En el libro de los *Proverbios* (8, 30-31) se utiliza la metáfora del juego para describir el ejercicio creador de Dios. O, ya en el Nuevo Testamento, San Pablo recuerda a los cristianos de Corinto que nuestros cuerpos son “miembros de Cristo”, “templos del Espíritu Santo”, y que con ellos hemos de glorificar a Dios (*I Cor* 6, 15-20).

En relación con el deporte mismo, son especialmente significativos y sobradamente conocidos dos textos también de autoría paulina (*2 Tim* 4, 7-8; y, sobre todo, *1 Cor* 9, 24-27) que ponen en relación las virtudes propias de la vida cristiana y el premio esperado, con las exigencias requeridas y la recompensa obtenida por el combate o el entrenamiento atlético; textos sobre los que, a la hora de presentar con ejemplos los rasgos más humanos de la vida espiritual, la tradición patristica volvió una y otra vez en los escritos de autores como Ignacio de Antioquía, Eusebio de Cesarea o Casiano. Pero también son reseñables las reflexiones de los medievales Hugo de San Víctor y Tomás de Aquino sobre el sentido y valor de la recreación y del juego como contrapeso de reposo a las horas de trabajo y estudio; sus influencias sobre los humanistas modernos, así como en la conformación de la “ratio studiorum” de las universidades o de los centros educativos jesuíticos, por ejemplo; los planes pedagógicos de formación y estudio de las congregaciones religiosas creadas durante el s. XIX, que en muchos casos contemplaban un tiempo para actividades recreativas y deportivas dentro de la jornada escolar, y que contribuyeron a dar un impulso sustancial tanto a la práctica deportiva en parroquias, colegios y universidades, como a la organización de clubes y asociaciones deportivas; o, ya en los ss. XX y

XXI, los múltiples discursos, textos y documentos vaticanos que tienen como objeto de análisis, o como sujetos destinatarios, cuestiones, personas y entidades relacionadas con el deporte (Kelly, 2014; Vanysacker, 2013)³.

Particularmente relevantes para nuestro propósito son los textos y discursos papales de los, aproximadamente, últimos cien años: desde san Pío X hasta Francisco, se cuentan más de doscientos (Duque-Salas, 1997; Gandolfo & Vassallo, 2004; Lixey, 2006; Lixey, Hübenthal, Mieth & Müller, 2012; Mazza, 2006; Stelitano, Diéguez & Bortolato, 2015). De un modo u otro, todos ellos giran alrededor de los cuatro fines del deporte que Pío XII (1952) explicitó en un discurso dirigido a un Congreso italiano sobre Educación Física. Un fin próximo –se apunta allí– sería el cultivo del cuerpo y de sus facultades, con el fin de educarlo, desarrollarlo y fortalecerlo. Un fin remoto consistiría en el uso del deporte para predisponer al cuerpo humano al servicio del alma y de la entera persona. Un fin aún más profundo que el anterior buscaría en el deporte un instrumento para el perfeccionamiento y la fraternidad humanas. Y un fin último, el de acercar al hombre a Dios.

Básicamente, por tanto, se reconoce en el deporte un gran potencial físico, moral, pedagógico-formativo y religioso, siempre al servicio del ser humano y de su dignidad intrínseca. En los tres primeros planos, no solo hay reiteración y acuerdo entre los distintos Papas, sino que –al margen de las matizaciones y singularidades propias de la visión cristiana– se trata de fines que son perfectamente asumibles por cualquier estudioso del fenómeno deportivo y forman parte de la experiencia común de todo deportista, se sea o no creyente. Para muchos resulta más difícil, en cambio, captar o experimentar el sentido y potencial religioso (o, si se quiere, espiritual) del deporte, al que hace mención Pío XII como su fin último y sobre el que volvió a insistir Juan Pablo II: “la actividad deportiva, además de destacar las ricas posibilidades físicas del hombre, también pone de relieve sus capacidades intelectuales y espirituales [...]. El deporte también tiene un alma y debe mostrar su rostro integral” (2000, 68).

Para que así sea, de esta dimensión trascendente del deporte –a menudo ignorada, menospreciada o, incluso, negada– es de la que nos vamos a ocupar en nuestro último epígrafe.

3 Sobre las relaciones entre la Iglesia y el Movimiento Olímpico, igualmente conflictivas según algunos autores, resulta muy clarificador el trabajo de Bolaño, T., y Bolaño, M. E., La Iglesia en diálogo con el olimpismo. Disponible en: <http://www.laici.va/content/dam/laici/documenti/sport/esp/para%20profundizar/iglesia-dialogo-olimp.pdf>

Para una teología del deporte: el deporte como anhelo del Paraíso

Al tratar de los valores religiosos inherentes al deporte y su práctica, el Magisterio de la Iglesia ha dado pie a diversas perspectivas de análisis, que van desde la espiritualidad a la pastoral, pasando por la Teología moral, entre otros aspectos (Adarme, 2004, 2015; AA. VV., 1989; Bolaño, 2013; Borges, 2008; Christian, 1933; Parry, Robinson, Watson & Nesti, 2007; Sánchez Pato & De la Torre Olid, 2016). Nuestra atención en este trabajo quiere centrarse, no obstante, en una vertiente muy particular, para lo cual vamos a tomar en consideración, como punto de partida, una breve selección de ciertos textos pontificios que pasamos a presentar e interpretar.

El primero es un extracto de un Discurso del Papa Pablo VI, dirigido a los ciclistas que iban a participar en el Giro de Italia de 1964. En él, después de preguntarse por qué razón los deportistas querían conocer al Papa, él mismo respondía: “Porque el deporte es símbolo de una realidad espiritual, aunque escondida, que constituye la trama de nuestra vida”. Y añadía: “La vida es un esfuerzo, la vida es una competencia, la vida es un riesgo, la vida es una carrera; la vida es una esperanza hacia la meta final, una meta que trasciende la escena de la experiencia común, y que el alma entrevé y la religión nos presenta” (1964, 894).

También Juan Pablo II, comentando el texto paulino de *1 Cor 9* más arriba mencionado, observa: “encontramos en estas palabras los elementos para delinear no solo una antropología sino una ética del deporte, y también una teología, que hagan resaltar todo su valor” (1984, 26) hasta el punto de mostrar la verdad y la vivencia cristianas sobre el hombre y la sociedad.

Por su parte, Benedicto XVI, en un mensaje escrito con ocasión de la celebración de los XX Juegos Olímpicos de Invierno de Turín, afirmó que “la luz de la antorcha olímpica, para los cristianos, remite al Verbo encarnado, luz del mundo que ilumina al hombre en todas sus dimensiones, incluida la deportiva” (Benedicto XVI, 2006, 5). Cuando era obispo de Munich, el Cardenal Ratzinger ya había comentado, en un mensaje radiofónico difundido con motivo de la expectación levantada por el Mundial de fútbol de Argentina de 1978: “Surge espontánea la pregunta sobre el porqué de la fascinación que ejerce este juego. El pesimista contestará que es una repetición más de lo que ya se experimentó en la antigua Roma: pan y circo; *panem et circenses*. Pero, incluso si aceptáramos esta respuesta, tendríamos que preguntarnos: ¿y a qué se debe semejante fascinación, que lleva a poner el juego junto al pan, y a darle la misma importancia? Volviendo de nuevo a la antigua Roma, podríamos contestar a esta

pregunta diciendo que aquel grito que pedía “pan y juego” era la expresión del deseo de una vida paradisíaca. En este sentido, el juego se presenta como una especie de regreso al hogar primero, al paraíso; como una escapatoria de la existencia cotidiana, con su dureza esclavizante”. Y añade, en forma de conclusión: “la visión de un mundo que vibra con el juego debiera servirnos para algo más que para entretenernos, porque si fuéramos al fondo de la cuestión, el juego podría mostrarnos una nueva forma de entender la vida” (1978)⁴.

Por su parte, Francisco también ha recordado que, cuando el deporte se vive con el respeto debido a la dignidad de la persona y sin la intromisión de elementos espurios que puedan contaminar su naturaleza y sentido, “trasciende el ámbito de lo puramente físico y nos lleva al ámbito del espíritu y hasta del misterio” (2016). Ha sido durante su pontificado, además, cuando la Santa Sede ha afrontado de un modo ya integral la perspectiva cristiana sobre el deporte y su relación con la persona, en un amplio texto titulado: *Dar lo mejor de uno mismo* (Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, 2018). En él podemos encontrar un epígrafe entero bajo el siguiente epígrafe: “El deporte revela la búsqueda de un sentido último”.

Comienza este epígrafe (3.10) advirtiendo que “el deporte pone de manifiesto la tensión entre la fuerza y la debilidad, experiencias inherentes a la existencia humana. Es un ámbito dentro del cual los seres humanos pueden vivir de forma auténtica sus talentos y su creatividad, pero al mismo tiempo experimentar sus limitaciones y finitud, ya que el éxito no está en absoluto garantizado” (2018, 34). Añade más tarde que, sin embargo, “a través del deporte los seres humanos pueden experimentar la belleza” y que, “como señaló acertadamente Hans Urs von Balthasar, la facultad estética del ser humano es también una característica decisiva que estimula la búsqueda del sentido último”⁵. De ahí que “si se aplica una visión antropológica integral, el deporte puede ser visto como un campo extraordinario donde el ser humano experimenta algunas verdades significativas acerca de sí mismo en la búsqueda del sentido último” (2018, 35). Y concluye: “Aunque es cierto que el deporte encarna la búsqueda de un cierto tipo de felicidad, que el Concilio Vaticano II caracterizó como “una plena liberación de la humanidad [...], también es

4 Posteriormente, el mensaje fue publicado como texto en un libro que recogía varios de sus escritos: Ratzinger, J., (1986). *Mitarbeiter der Wahrheit. Gedanken für jeden Tag*. München: Pfeiffer. El texto es accesible, en español, en: <http://www.conelpapa.com/benedictoxvi/futbol.htm>

5 Sobre la belleza como categoría ético-estética y el valor educativo del deporte resulta provechoso consultar el trabajo de Sánchez-Pato, A. y De la Torre, F. (2016). Reflexiones para una educación ético-estética de la belleza como contribución a la dignificación de la persona en el deporte, *RECERCA. Revista de Pensament i Anàlisi*, 18, 89-100.

cierto que fuimos creados para una felicidad que es aún mayor. Esta felicidad es posible gracias al regalo gratuito de la gracia de Dios. Es importante enfatizar que la gracia de Dios no destruye lo humano, sino que “perfecciona la naturaleza” o nos eleva a la comunión con Dios, que es el Padre, Hijo y Espíritu Santo, y nos lleva a la comunión de unos con otros” (2018, 35-36).

A partir de lo que ya habíamos dicho previamente, y de estos textos, creemos que se pueden extraer las conclusiones siguientes:

1) El deporte, su práctica y hasta su contemplación, no solo puede ser objeto de una reflexión en clave filosófica, moral, pedagógica, sociológica o antropológica; también es susceptible –como apuntaba Juan Pablo II– de una reflexión teológica (y esta, desde diferentes perspectivas y sobre diferentes aspectos).

2) La teología del deporte se habría de apoyar, fundamentalmente, sobre la concepción del deporte como juego, y este –siguiendo la advertencia de Francisco– llevado a cabo con limpieza, deportividad y respeto a la dignidad humana.

El juego, en efecto, no es algo accesorio para la persona humana: es una cosa muy seria, en la que están envueltas y comprometidas todas las dimensiones que nos constituyen como animales racionales, tanto en lo relativo al cuerpo como al alma. Al mismo tiempo, con especial significación en los deportes de equipo, pero no exclusivamente en ellos, el juego manifiesta el carácter relacional del hombre. De manera que, en definitiva, podemos decir sin temor –como también hacía el Papa Francisco– que el deporte es un campo propicio para que el hombre se descubra y conozca a sí mismo, al tiempo que se abre a los demás, e incluso a las verdades que sobre el hombre la religión nos ha revelado, y que, mediante la luz de Cristo –sirviéndonos de la metáfora que emplea Benedicto XVI– contribuyen a desentrañar el misterio que muchas veces representamos para nosotros mismos⁶.

3) En la medida en que implican un deseo de superación y la esperanza de una victoria que, por otra parte, requieren del ejercicio de múltiples virtudes para afrontar los obstáculos que se vayan interponiendo en el camino hacia la meta que nos hemos propuesto, hay profundas analogías entre el deporte y la vida humana, que están en la base de la fascinación que aquel despierta en el hombre y a la que se refería Ratzinger

siendo obispo de Munich. Veamos algunas de ellas.

Es opinión común, que además está al alcance de nuestra experiencia, que lo que todo ser humano desea, en última instancia y más allá de cualquier otro fin intermedio, es ser feliz. Y este deseo natural, que todos tenemos y que no podemos obviar, no nos lo hemos dado a nosotros mismos, sino que nos ha sido dado: lo descubrimos, a medida que adquirimos uso de razón, como algo intrínseco a nuestra naturaleza que, consciente o inconscientemente, orienta y anima nuestras decisiones y nuestros actos. Sin embargo, el hecho de que nada acabe de saciarnos plenamente indica que la felicidad que buscamos parece estar llamada a resultarnos esquiva, que hay una inmensa desproporción entre nuestras aspiraciones y nuestras capacidades: ni nos hemos dado el deseo de ser felices que nos acucia, ni podemos satisfacerlo por nosotros mismos (los antiguos griegos describían al ser humano, precisamente por esto, como un ser fronterizo entre los dioses y los animales, pues tenemos deseos propios de aquellos y capacidades para satisfacerlos apenas un poco superiores a las de los segundos). Todavía diríamos más: los triunfos y logros que alcanzamos en la vida, no solo nos muestran frecuentemente los riesgos a los que aquella siempre está expuesta; también manifiestan nuestras limitaciones. Y ambos –riesgos que decidimos asumir y limitaciones que buscamos superar pero que, a menudo, no nos queda más remedio que aceptar– dependen de que encontremos en lo que hacemos, o en lo que nos sucede, un sentido, una razón de ser.

Pues bien, todos estos rasgos, que hemos dicho que acompañan a la vida humana, se dan también en el deporte. También en este parece haber una tensión permanente e irresoluble entre nuestros deseos y nuestros límites. El hecho de que nunca queramos perder, de que nos frustre ser vencidos o fracasar en un empeño; incluso, el hecho de que los deportistas afirmen que nunca se cansan de ganar y que quieran seguir ganando, podría ser entendido como expresiones de esta tensión o desproporción. Siempre que un deportista alcanza un hito para cuyo logro se había esforzado, con determinación y perseverancia, consciente del riesgo de fracasar, de las propias limitaciones o las posibles interrupciones derivadas de factores tan imprevisibles como las lesiones, por ejemplo, sin duda que exulta de felicidad (y con la felicidad por el logro alcanzado viene, lo que también resulta significativo, la necesidad de dar gracias), pero enseguida, tras un período de tiempo más o menos corto, surge un nuevo reto, un nuevo deseo, un nuevo objetivo, con sus nuevos sacrificios, limitaciones y riesgos. También en el deporte, por último, se requiere el descubrimiento de un sentido en lo que uno hace, en lo que se ve obligado

6 Así, por ejemplo, de acuerdo con el texto bíblico de la creación, el primer juego que puso en práctica el ser humano tuvo que ver con el lenguaje: Dios otorgó a Adán la capacidad de conocer las cosas y la responsabilidad de nombrar a los seres vivos que Él había creado (*Gén 2, 19*). Este “juego de palabras”, sin embargo, no consistía meramente en “etiquetarlos”: al dárles nombre, los hacía entrar a formar parte del mundo humano y, de algún modo, los ordenaba a su servicio, con la responsabilidad –eso sí– de ejercer sobre ellos un dominio respetuoso con su dignidad de criatura divina.

a veces a soportar, en los sacrificios que se le exigen hacer o en los avatares que parecen hacer peligrar el cumplimiento de los objetivos planteados.

Puede, entonces, afirmarse –como hacía Pablo VI– que el deporte es un símbolo de la trama espiritual que constituye nuestra vida; trama que el alma del deportista intuye, a su modo, –así lo esbozaba Francisco–, en la felicidad que le es accesible, pero también, en su incapacidad para dotarse por sí mismo de una felicidad aún mayor, que no puede dejar de buscar. En este preciso sentido, su experiencia de la práctica deportiva puede disponerle adecuadamente, e incluso coincidir

en muchos aspectos, con lo que la religión revela acerca de nuestra condición, de nuestro origen, de nuestra búsqueda de un sentido último y de la vocación a la que hemos sido llamados, que no es otra que la felicidad plena que solo Dios puede darnos, en comunión con Él y con los demás seres humanos.

Si el deporte, en definitiva, puede ayudarnos a entender que una forma nueva y más profunda de comprender y de vivir la vida es posible, es porque –parafraseando a Ratzinger– expresa el anhelo humano de una vida paradisíaca, el deseo de volver al hogar divino del que procedemos y al que estamos llamados a regresar.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1989). Teología y deporte. Monográfico de *Concilium. Revista Internacional de Teología*. Madrid: Cristiandad.
- Adarme Rodríguez, S. A., (2004). *Significado cultural y teológico del deporte*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Adarme Rodríguez, S. A. (2015). Espiritualidad en el deporte. *Cuestiones teológicas*, Vol. 42, núm. 98, julio-diciembre, pp. 531-551.
- Benedicto XVI. (1978). Fußballbegeisterung kann mehr sein als bloße Unterhaltung: Wortlaut der Ansprache des Erzbischofs von München und Freising, Joseph Kardinal Ratzinger, in der Sendung “Zum Sonntag” des Bayerischen Rundfunks am 3.6.78. Accesible, en español, en: <http://www.conelpapa.com/benedictoxvi/futbol.htm>
- Benedicto XVI. (2006). *L'Osservatore Romano*, edición italiana, 22 de enero.
- Bolaño, T. (2006). Anhelo del paraíso: el fútbol visto por Josef Ratzinger. Accesible en: <http://www.laici.va/content/dam/laici/documenti/sport/esp/para%20profundizar/bxvi-anhelo-paraíso.pdf>
- Bolaño, T., y Bolaño, M. E. (2011). La Iglesia en diálogo con el olimpismo. Accesible en: <http://www.laici.va/content/dam/laici/documenti/sport/esp/para%20profundizar/iglesia-dialogo-olimp.pdf>
- Bolaño, T. (2013). *Teología del Deporte. Objeto, fuentes y método*. Medellín: Autores Editores.
- Borges de Magalhães, A. (2008). Deporte y vida cristiana. *Vida y Espiritualidad*, 24, núm. 70, mayo-agosto, pp. 37-67.
- Cachán Cruz, R., y Fernández Álvarez, O. (1998). Deporte o religión: un análisis antropológico del fútbol como fenómeno religioso. *Apunts. Educación física y Deportes*, 52 (2), 10-15.
- Christian, M., (1933). *L'esprit chrétien dans le sport*. Paris: Desclée de Brouwer.
- Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida. (2018). *Dar lo mejor de uno mismo. Documento sobre la perspectiva cristiana del deporte y la persona humana*. Accesible en: <http://www.laityfamilylife.va/content/laityfamilylife/es/documenti/dare-il-meglio-di-se.html>
- Duque-Salas, L. A. (1997). *El valor humano y cristiano del Deporte según el Magisterio Pontificio de Pío XII a Juan Pablo II*. Tesis doctoral. Roma: Ateneo Pontificio de la Santa Cruz.
- Eliás, N. y Dunning, E., (1992). *Deporte y ocio en el proceso de civilización*. Madrid: F.C.E.
- Francisco (2016). Discurso a los participantes en la Conferencia “Deportes al servicio de la humanidad”, 5 de octubre. Accesible (en italiano) en: https://w2.vatican.va/content/francesco/it/speeches/2016/october/documents/papa-francesco_20161005_conferenza-fede-sport.html
- Gadamer, H - J. (1992). *Verdad y Método*. Salamanca: Sígueme.
- Gandolfo, G. B. y Vassallo, L. (1994). *Lo sport nei documenti pontifici*. Brescia: La Scuola.
- Heidegger, M. (1995). *Caminos de bosque*. Madrid: Alianza Editorial.
- Huizinga, J. (2002). *Homo ludens*. Madrid: Alianza Editorial.
- Juan Pablo II. (1984). Homilía de la Misa durante el Jubileo de los deportistas, 12 de abril. Incluida en *El Beato Juan Pablo II habla con deportistas. Discursos, homilias y mensajes relacionados con el deporte*. Accesible en: <http://www.laici.va/content/dam/laici/documenti/sport/esp/magisterio/JuanPabloII/Mensajes%20pastorales%20del%20Papa%20Juan%20Pablo%20II%20a%20los%20deportistas.pdf>
- Juan Pablo II. (2000). Discurso a los participantes en el Congreso internacional sobre el Deporte, Roma, 28/10/2000. Incluido en *El Beato Juan Pablo II habla con deportistas. Discursos, homilias y mensajes relacionados con el deporte*. Accesible en: <http://www.laici.va/content/dam/laici/documenti/sport/esp/magisterio/JuanPabloII/Mensajes%20pastorales%20del%20Papa%20Juan%20Pablo%20II%20a%20los%20deportistas.pdf>
- Kelly, P., (2014). I cattolici e lo sport. Una visione storica e teologica. *La Civiltà cattolica*, IV, 557-570.
- Klein, S. E., (2018). The Value of Play and the Good Human Life. *Cultura, Ciencia y Deporte*, Vol. 13, Nº 38, 119-125, doi:org/10.12800/ccd.v13i38.1067
- Lixey, K., (2006). El deporte y el Magisterio de la Iglesia. *Ecclesia*, XX, n. 3, 389-397.
- Lixey, K., Hübenal, Ch., Mieth, D., y Müller, N. (eds). (2012). *Sports & Christianity. A Sign of the Times in the Light of Faith*. Washington D. C: The Catholic University of America Press, doi:org/10.2307/j.ctt2851x6.13
- López Quintás, A. (1977). *Estética de la Creatividad*. Madrid: Cátedra.
- Mazza, C. (2006). Lo sport alle luce del magistero della Chiesa. Incluido en *Il mondo dello sport oggi: campo d'impegno cristiano*. Vatican City: Editrice Vaticana, pp. 48-62.
- Ortega y Gasset, J., (1983). Revés de Almanaque, en *Obras Completas*, Tomo II. Madrid: Alianza Editorial – Revista de Occidente.
- Parry, J., Robinson, S., Watson N., y Nesti, N. (2007). *Sport and Spirituality: An Introduction*. London: Routledge, doi:org/10.4324/9780203938744
- Pablo VI. (1964). Discorso ai ciclisti del Giro d'Italia. Incluido en *Insegnamenti*, II. Vatican City: Editrice Vaticana.
- Pío XII (1952). Sport dinanzi alla coscienza, alla religione e alla morale. En *Discorsi e Radiomessaggi*, XIV, 381-390. Vatican City: Editrice Vaticana.
- Ramírez-Macías, G., (2018). Hermenéutica heideggeriana aplicada al deporte: Mitsein y aletheia. *Cultura, Ciencia y Deporte*, Vol. 13, Nº 38, 161-173, doi:org/10.12800/ccd.v13i38.1072
- Ramírez Perdiguero, F. J., Hernández Ontalba, R., Álvarez-Álvarez, J. J., & Vega Rosell, J. M. (2004). *Los valores del deporte en la educación*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deportes – Consejo Superior de Deportes.
- Sánchez Pato, A., y De la Torre Olid, F. (2016). Reflexiones para una educación ético-estética de la belleza que contribuye a la dignificación de la persona en el deporte. *RECERCA. Revista de Pensament i Anàlisi*, Núm. 18, 89-106, doi:org/10.6035/Recerca.2016.18.6
- Stelitano, A., Diéguez A. M., y Bortolato, Q. (2015). I Papi e lo sport. Oltri un secolo di incontri e interventi da san Pio X a Papa Francesco. Vatican City: Editrice Vaticana.
- Vanyasacker, D. (2013). The Catholic Church and Sport. A burgeoning territory within historical Research! *Revue d'histoire ecclésiastique, Louvain Journal of Church History*. 108, pp. 344-356, doi:org/10.1484/J.RHE.1.103427
- White, L. A. (1982). *La ciencia de la cultura. Un estudio sobre el hombre y la civilización*. Barcelona: Paidós.